

El indio norteamericano ha perdido las plumas

Tierra Vasca, 64. zk., 1961-10: 5.

Estos indios que he visto en el Estado de Wisconsin, cerca del Canadá, me han dado lástima. Había leído algo acerca de su decadencia, pero aún guardaba la esperanza de descubrir un vestigio de recuperación, algún gesto de rebeldía.

– ¿Qué siente? –le pregunté a uno que me pareció el más orgulloso y entero del grupo– cuando los ponen siempre a perder en las películas?

El indio, un Winnebago macizo y oscuro, me miró desde una nube blanca que manchaba uno de sus ojos, que eran como el galipot, y me dijo:

– ¡Bah!...

– ¿No le parece injusto? –insistí.

– Injusto sí, pero...

– ¿Por qué no protestan?

El indio me miró con agradecimiento, y me contestó con otra pregunta:

– Bueno, protestamos, ¿y qué?...

Este grupo de indios que se presentó en una exhibición de bailes indígenas de Lac du Flambeau me trajo a la memoria una conversación que tuve con Jesús de Galíndez en 1952, cuando curioseábamos en los preparativos de un desfile de indios en Nueva York. En aquella oportunidad llevaban unos carteles reclamando derechos sobre Manhattan:

"Crees que esta gente siente su nacionalidad", le pregunté. "No, hombre –me contestó–, estos indios con unos dólares se callan".

Y lo que acabo de ver en Wisconsin, estos indios bailando por unos cuartos, sin la menor emoción, y a veces hasta con un desgano evidente, confirma aquella impresión.

Anamari, mi mujer, fue la que definió mejor mis sentimientos ante aquel pobre espectáculo cuando me dijo: "En Hollywood lo hacen mejor". Y era cierto, aún perdiendo y todo, los indios que nos muestran en las películas están seguramente más cerca de la garra, la vitalidad y la nobleza que estos indios panzudos, bien cebados, que a ratos huelen a licor.

Pero, ¿qué es lo que ha pasado con el indio norteamericano?

En 1850, el censo oficial registró 400.229 indios en los Estados Unidos. Hoy, según el censo más reciente, sólo hay 343.410. De éstos 56.108 viven en la ciudad; 178.678 viven en áreas rurales, pero sin dedicarse a la tierra, y 108.624 son campesinos.

Pero el drama del indio no es que sean pocos, sino que están divididos en pequeños clanes de lengua y de tradición y, sobre todo, que estos grupos están esparcidos en la inmensidad de las 3.500.000 millas cuadradas, alrededor de 9 millones de kilómetros cuadrados. Fueron llegando millones de inmigrantes blancos, y no había inmigrantes indios. Y los blancos inundaron sus tierras, como una formidable crecida, y los fueron acosando y aislando. Hasta que quedaron asomando la cabeza sobre el agua como islitas en un océano. El Estado que más indios tiene es Arizona (a pesar de que la fonética nos

parezca familiar, el nombre no es de origen vasco sino indio, y quiere decir "pequeña primavera"), con 41.500. En el Estado de Illinois, donde estoy yo, sólo hay 188. Total, que estas tres cuartas partes de millón de indios están perdidos, disueltos, podríamos decir, entre los 183 millones de habitantes.

Otro hecho fatal consiste en que estos indios viven en sectores protegidos por el gobierno, llamados "reservations". Es cierto que no existe presión genocida manifiesta por parte del Estado norteamericano. Pero la excesiva protección los ha perjudicado. Es como decir que los están matando a dulces.

Esta es una de las razones, creo yo, más importantes de la degeneración moral del indio norteamericano. Por una ley de fines del siglo pasado les reservaron unas tierras que no pagaban impuesto, donde la instrucción (por supuesto que en inglés) era gratuita, donde las atenciones médicas eran gratuitas, donde se distribuían alimentos con regularidad, donde no había que pagar impuestos, donde el ser viejo o inútil daba derecho a una pensión. Y claro, hubo mucho listo que se hizo el tonto. Así, estimulando la holgazanería, premiaba el blanco que se arriesgaba entonces en *la frontera* a trazar ferrocarriles o plantar pueblos al indio que era *pacífico*. Fue una manera de comprarlos. Los pocos indios rebeldes que rechazaron la venta fueron cazados uno a uno, a veces por sus mismos hermanos indios que cobraban en aguardiente. Como en Asia con el opio, el blanco en América se abrió paso con licor. Total, que en poco más de una generación el indio perdió su voluntad y su fibra, y se llenó de manteca, esa grasa que asoma en todas las facciones de este indio indolente que vimos en Wisconsin.

Por otra parte, el fenómeno cultural. Una cultura a la que se le cortan las venas se tiene que secar, y sus miembros, sin un futuro, sin una esperanza de desarrollo, pierden interés en los elementos que componen la cultura tradicional. El indio incapaz de asimilar el choque brutal de unos conceptos de vida nuevos (propiedad, competencia), muchos de ellos opuestos a su idiosincrasia, se rinde, somete su voluntad como si se dispusiese a morir.

Hay algunos signos fatales.

Yo quise tener un recuerdo de estos indios que se van, y busqué en la venta de objetos de artesanía alguno que fuese típico. Conseguí un hacha, con plumas y todo, ¡hecha en el Japón!, y unas cestas con preciosos dibujos indios, ¡hechas en Checoslovaquia!

Observando a estos indios de exhibición pensaba yo en la similitud de algunos problemas de cultura de nuestro pueblo, pero sacando conclusiones opuestas. No hay duda que lo que salta a la vista son precisamente las diferencias: los vascos constituimos una población seis veces mayor, y va creciendo; a pesar de una frontera artificial, estamos reunidos; la voluntad de ser pueblo es más pujante que nunca, y tenemos una juventud con el espinazo derecho; no estamos en desventaja cultural con los pueblos que nos someten, y en muchos aspectos la ventaja es nuestra. Y, esto es decisivo, no nos están mimando, como a los indios norteamericanos, sino que nos están reprimiendo el menor gesto de voluntad nacional y el signo más inocente de amor a nuestra lengua; nos están torturando la juventud, que es la sangre del futuro de nuestro pueblo, demostrándonos que son, los que quieren someternos, mucho menos civilizados que nosotros. Y miramos a un futuro europeo que los retrógrados de España todavía no ven.

Esta lección de la decadencia del indio norteamericano ha servido para ponerme de relieve la vitalidad y la voluntad de vivir de nuestro pueblo.

Es que el pueblo vasco no está perdiendo las plumas.